

taro de agua. Pero ni aun siquiera reparé en la desnudez é indigencia de mi vivienda, tan ufana y radiante se hallaba mi imaginacion juvenil al pensar que iba á despertarme en una ciudad tan imponente por sus recuerdos.

XXX

Jamás olvidaré cuando al despertarme divisaron mis ojos un cielo de un color subido y purísimo como el azul de ultramar, que se extendía sobre la estrecha callejuela que mediaba entre mi elevado aposento y las paredes colosales del palacio de Corsini. Las puertas monumentales de tan suntuoso edificio se hallaban abiertas de par en par, y dejaban ver los patios, las escaleras y los pórticos. Los numerosos criados de esta casa opulenta se hallaban con librea de aparato, y parecían aguardar á un huésped de ilustre rango.

A la extremidad de la calle resonaban rumores en la muchedumbre, mezclados á mugidos de bueyes, balidos de orejas y relinchos de caballos. Pronto se mostraron, precedidos y seguidos de lo mas selecto de sus rebaños y ganados, diversos campesinos á caballo, vestidos de trages pintorescos, con un largo cayado en la mano terminado en punta, y desfilando con gravedad digna de antiguos tiempos.

En pos veíanse carros rústicos de forma etrusca,

cuyas llantas engalanaban verdes ramos y vistosas flores, mientras que los yugos ostentaban movidos ramos de olivos y cipreses, que sacudidos y balanceados por el movimiento de las yuntas, expellan las moscas y refrescaban con su sombra la frente de los bueyes.

Cada uno de estos carros anidaba la familia de uno de los labradores pertenecientes á los vastos dominios del príncipe Corsini, precedida del gefe de la familia ó del hijo primogénito, que caminaba con paso consular, sosteniendo en una mano el sutil aguijon, y apoyándose con la otra en el cuerno dorado de sus bueyes; mientras la madre, los hijos y las hijas permanecían de pié sobre el piso del carro, agarradas á los adrales para guardar el equilibrio y precaverse contra los sacudimientos que imprimían á las ruedas las descomunales losas que forman el pavimento de la ciudad. Bajo los pesados pliegues de tejidos verdes y rojos que formaban las vestimentas de aquellas aldeanas, divisaba mi vista gracias severas y hermosuras magestuosas, que nunca he vuelto á hallar salvo en las montañas de la Sabina y del Vulturno, ó en el incomparable cuadro de Leopoldo Robert, Virgilio de la pintura, igual ó superior al de las Geórgicas.

XXXI

Esta procesion rural desfiló lenta y silenciosamente, y se agrupó por entero en el patio del palacio. Componiase de opulentos labradores pertenecientes á los numerosos dominios del príncipe en las *maremas*¹ de Pisa y valles de Vulturno, que venian cada año, en el dia del santo de la princesa, á desfilár ante sus amos y ostentar á sus ojos el lujo de sus establos y de sus pingües terrones. Por do quier resonaba armónico el ambiente al son de los caramillos toscanos, al paso que embalsamaban la calle las gavillas y mazos de flores que inundaban los carros. Por mi parte no me cansaba de contemplar esos nobles y varoniles rostros de campesinos que me recordaban las escenas patriarcales de la Biblia en la opulenta ciudad de las artes; y una embriaguez inevitable mecia mi corazón antes de haber entrevisto un solo de los monumentos del genio moderno.

Díme prisa en vestirme para poder recorrer á mis anchas, bajo la direccion de un criado dependiente de la hosteria ó posada en que me alojaba, quien mas que de un intérprete tenia la facha de un mendigo, los muelles, plazas, jardines y palacios de Florencia.

¹ Así se llaman en Italia los terrenos aislados é inhabitables á causa de las emanaciones deletéreas.

Mis dos primeras jornadas fueron un continuo deslumbramiento, y en pocos dias me hallaba bastante familiarizado con la ciudad, para prescindir de guia. En cuanto á la lengua, la hablaba con un dejo demasiado latino, gracias á la lectura asidua de Dante, Petrarca, Alfieri y Monti; solamente, al oír mi acento, debian tomarme por un Toscano de biblioteca bajado á la calle para hablar con los vivos, cuya conversacion recordaba las construcciones y pronunciacion de los muertos; de modo que parecia un tomo mas bien que un hombre. Pero poco á poco la flexibilidad de mi oído me naturalizó Toscano del siglo, pues en semejante jaula de ruiseñores, la música me penetraba por todos los poros, y mi solo afán era olvidar mi tosco francés.

XXXII

Ninguna necesidad sentia de sociedad á pesar de mi aislamiento completo. No obstante, despues de algunos dias de callejear á todas horas y frecuentar los teatros de Florencia, me acordé que tenia algunas cartas de recomendacion en mi baul. Mucho hubiera deseado poder no presentarlas, pues el apuro de efectuarlo así, excedia en mi concepto al placer que podria resultarme de aumentar el círculo de mis relaciones. Por otra parte, siempre he sido tímido en demasía en presencia de rostros desconocidos, y sobretodo á diez y nueve años. Pero lo inde-

coroso que hubiera sido volver con las cartas á los que en mi obsequio se habian dado la pena de escribirlas, me obligaba á pensar en llevarlas á su destinacion, cuando una circunstancia inopinada vino á hacerme por decirlo así violencia y á triunfar de mi repugnancia en declinar mi nombre en el umbral de un palacio.

Una mañana entré en la famosa iglesia de Santa-Croce, especie de Campo-Santo ó cementerio de Florencia y Westminster de los Toscanos.

Era la hora de mediodia, y los rayos del sol caian á plomo sobre la plaza desnuda y desierta que precede á esta iglesia sin fachada. Confieso que entré mas deseoso de gozar de la sombra y del fresco que de ver los cuadros y las estatuas, pues me hallaba tan cansado de ver que apenas tenia fuerzas para mirar.

La iglesia se hallaba no menos desierta que la plaza, y en su mudo pavimento se alargaban negras é inmóviles las sombras de los pilares. Avanzéme lentamente de arcada en arcada, descifrando, por medio de mi libro indicador, las inscripciones grabadas en el zócalo de los mausoleos. Allí yacen los ilustres difuntos de la república, tales como Galileo y Maquiavelo, salvo el Dante que duerme en una encrucijada de Ravena. Recogido y silencioso no podia menos de tributar un recuerdo, un momento de entusiasmo y piedad á cada una de esas sombras, mas vivas tal vez en el pensamiento de los siglos que huellan sus cenizas, que en la memoria de sus contemporáneos y compatriotas.

XXXIII

Un monumento mas vasto y elevado que los sarcófagos circunvecinos, atrajo mis miradas á la derecha y centro de la iglesia; é instintivamente atraído, me acerqué palpitante y leí la siguiente inscripcion en letras de dorado bronce : *Aloysia, condesa de Albany y de Stolberg, á Vittorio Alfieri, y mas bajo : Canova sculpsit.*

A estas palabras se me cayó el libro de las manos, y quedé mudo y absorto en la contemplacion de este sepulcro, en el cual el Fidias veneciano quiso representar la romana Italia, esto es, viril y severa, llorando con una corona deshojada en la mano, sobre el medallon de su poeta. Tal en efecto creia yo á Alfieri, pues me hallaba en esa edad que dispone á admirar un nombre sonoro sin saber si merece ó no la atmósfera de gloria que lo envuelve. Algunos años antes habia comprado en Leon una edicion milanese comprendiendo las catorce tragedias de ese Corneille italiano, y tanto habian hojeado mis manos el ejemplar, que ni aun siquiera era posible leer el título. Asimismo habia devorado sus memorias recientemente publicadas por la condesa de Albany, poco tiempo despues de la muerte de su amigo. Como ciudadano, como poeta, como amante, el conde Alfieri era para mí una triple ilusion de juventud que ninguna re-

flexion habia conseguido disipar. A mis ojos el trágico sublime era por excelencia el representante del siglo, el varon apasionado y sublime, el héroe de la libertad, el último de los Romanos, una especie de Bruto poético escribiendo con la punta de su puñal sonetos á Beatriz, páginas de Tácito é imprecaciones de Maquiavelo contra los tiranos.

Aun prescindiendo del mérito del escritor y el alma férrea del poeta, tres nuevos motivos me impelian á tributar un culto al estóico y celeberrimo difunto y acrecentaban mi emocion al aspecto de su sepulcro : su fallecimiento tan reciente como prematuro, su tumba cerrada apenas por las manos del amor, y su sarcófago ilustrado por una obra maestra de Canova no menos inmortal que el poeta.

Por la primera vez me sentí avasallado por el sentimiento de la gloria, y creí que la vida entera seria acreedora á los loores de la posteridad, si, despues de su evolucion en este planeta, era juzgada digna de tan excelso mausoleo. ¡Ay de mí! efecto de mi extrema juventud, ignoraba yo que el mármol es aun mas frio que la yerba que vegeta sobre la huesa ; que sorda y muda es la tierra que devora los humanos restos ; que la postrera de las vanidades es la vanidad de perpetuar nuestra memoria en un planeta inconstante y olvidadizo ; y que el verdadero juez de nuestras obras es la conciencia, y no lo que pomposamente usurpa la denominacion de gloria. ¿Pero qué sabemos antes de haber reflexionado ?

XXXIV .

Horas enteras pasé al pié del monumento de Alfieri, meditando sobre la magestad de este sarcófago y concibiendo la vaga emulacion de consagrar mi propia vida á merecer tan suntuoso mausoleo. ¡Sueño infantil de que harto despierto me hallo ! Una huesa ignorada, alfombrada por el mullido musgo, sin losa funeral, sin inscripcion pomposa, basta y sobra á la humana ambicion. ¿De qué sirve dejar estampada profundamente la huella en una tierra que no tarda en borrarla, y esforzarse en dejar un surco indeleble en memorias frágiles que empaña el orin del olvido ? La muerte, como las aguas del Leteo, destruye todo recuerdo humano, y nuestra vanidad jamás podrá eternizar nuestra miseria. Mas vale aceptar francamente la nada mortal, que pugnar estéril y penosamente con lo imposible. Pero tal no pensaba yo en aquella época, y mi fantasía juvenil juzgaba que el mármoleo sepulcro de Alfieri esculpido por Canova, y admirado por la ciudad de Florencia era una apoteosis suficiente para pagar una larga existencia de trabajo, genio y virtudes. Así no es de extrañar que, en presencia de este monumento, absorbiese á torrentes la inmortalidad.

De repente acudió á mi imaginacion al leer el nombre de Aloysia de Stolberg, condesa de Albany, la carta de recomendacion que tenia para una señora

de este nombre residente en Florencia, carta que hasta aquel momento habia descuidado entregar. El rubor se asomó en mis mejillas, y mi corazon latió con violencia á la idea de ver dama tan ilustre, cuyo nombre coronado de una gloriosa aureola, habia despertado en mi memoria la inscripcion sepulcral que divisaban mis ojos. ¿Quién no ha leído las memorias de Alfieri? ¿Quién ignora su culto, su pasion, su idolatría por ese ente femenino que denomina *la mia donna*, por esa Laura del nuevo Petrarca, por la Beatriz del Dante moderno, por la Victoria Colonna del Miguel-Angel poético? Y esta muger sobrevivía á su poeta, habitaba en Florencia, vivía á pocos pasos de distancia, mi carta me daba un acceso natural y casi obligatorio en su casa, y aquella misma noche podia ver la celebérrima viuda del genio trágico, cuya belleza, corazon, aventuras, desgracias y gloria poética habian halagado mi primera imaginacion. La pasion de conocer á tan imponente beldad venció mi natural timidez, y, saliendo precipitado de Santa-Croce, entré en mi casa para buscar las cartas de recomendacion dirigidas á la condesa de Albany.

XXXV

Era esta señora viuda del último de los Estuardos, pretendientes á la corona de Inglaterra. Desterrado á Roma á consecuencia de las revoluciones de su pais, habia contraido nupcias el pretendiente á pesar

de su edad proveceta, con la jóven y donosa condesa de Stolberg, procedente de regia estirpe en la Bélgica alemana. La bella esposa, llegada á ser, mediante este enlace, reina legítima de la Gran-Bretaña, habia consolado durante algunos años á su regio consorte de su infausta expedicion en Escocia y pérdida de su corona. Retirado en Roma y sumergido en una existencia ya sin objeto, el desventurado príncipe habia buscado en la embriaguez el consuelo de su infructuoso heroismo y edad avanzada. Los infortunios de una esposa desatendida y aun ultrajada por un marido soez á fuerza de intemperancia, habian conmovido vivamente al conde Alfieri, cuyo culto poético habia consolado á la desventurada victima.

A ruegos del cardenal de York, hermano del pretendiente, habia separado el papa, mediante su omnipotencia, al príncipe y la condesa; y ésta permaneció algun tiempo en un convento bajo la proteccion del pontífice y el cardenal, logrando no con poca dificultad Alfieri ser introducido una ó dos veces en el claustro en que desfallecia su ídolo. Poco despues consiguió evadirse de Roma la bella reclusa, con la tolerancia tácita del gefe de la Iglesia, recorriendo la España, Francia y Alemania, y encontrándose por do quier con su amante. Por último el quebranto mas bien que los años acabaron con la vida del último de los Estuardos, cuya muerte volvió la libertad á la viuda, quién, dueña de su mano, la concedió al poeta, si bien no pudo prescindir de su

título, deseosa de conservar la pension que recibia de Inglaterra.

Unidos por un enlace clandestino, habitaban ambos consortes un lindo palacio á orillas del Arno en el malacon de Florencia. Allí habia acabado el poeta sus obras y enterrado su existencia, pues la inquietud que durante veinte años habia arrastrado en todas las capitales europeas, se habia trocado, desde su union con la condesa, en una reclusion absoluta y casi uraña. Su *dama* y sus libros, sus versos y sus caballos, ocupaban exclusivamente su sér. Todos los dias á la misma hora, solo, fruncida la frente por la inquietud y los rencores, se le veia salir de su palacio del Arno, y alejarse hasta el anochecer en las rutas mas abandonadas, ó en las colinas de olivos y cipreses que rodean el valle de Florencia.

Este hombre inspiraba una especie de terror supersticioso á cuantos le encontraban, y algunos lo consideraban como el espectro de Dante y Maquiavelo. De acérrimo partidario y fautor ardiente de la revolucion francesa, habia llegado á ser el mas enconado enemigo de nuestra causa, pues pertenecia al gremio de esos revolucionarios aristócratas, en quienes la naturaleza combate las ideas, idólatras de los principios é implacables contra las consecuencias.

Así no es de extrañar que muriese lleno de ojeriza y desprecio por la humanidad, víctima de su mal humor y orgullo calenturiento. ¡Triste muerte

para tan ínclito varon! Pero es preciso reconocer que su fama excedia á su mérito. Declamador enfático en poesía, humorista caprichoso en prosa, su sola grandeza consistia en el amor y culto que abrigaba por la libertad. Pero en aquel entonces yo lo creia un Tácito á la vez y un Sófocles. Así no es de extrañar mi agitacion febril al prepararme á ver á la muger que habia inmortalizado en sus versos.

XXXVI

Nada poseia de cuanto se requiere para descollar en el mundo, salvo mi figura escueta y la modestia de mi porte. Todo mi equipage consistia en un baul de madera, en cuyo fondo se hallaban depositados sesenta luises de oro, ahorro de mi madre. Mi ropa se hallaba tan limitada como mi erario; y, fuera del frac que llevaba bajo la capa, no poseia mas que otro nuevo envuelto en una holandilla, reservado para las grandes ocasiones, de un azul claro como á la sazón se estilaba, cuya forma y color me lo representan al vivo en mi memoria, despues de haber gastado tantos otros, como monumento de elegancia que ningun otro consiguió igualar á mis ojos. No vacilé en estrenarlo para tan solemne visita, juntamente con un pantalon de mahon y un chaleco del mismo género bordado por una tia mia; y, acicalado en extremo, tomé el camino del palacio habitado por la condesa